

# «EL DESENCANTO»

## Testimonio de una envidia

Título: «El desencanto».—Nacionalidad: Española.—Director: Jaime Chávarri.—Guión: Jaime Chávarri.—Fotografía: Teodoro Escamilla y Juan Ruiz Anchía.—Música: Schubert. Principales intérpretes: Felicidad Blanc Juan Luis Panero, Leopoldo María Panero y Michi Panero.—Distribuida por Emiliano Piedra.—Estrenada en el cine Palace.

### Valoración: 6

Como yo he sido amigo de Leopoldo Panero, a quien admiré y admiro tanto en su obra como en su persona, quiero dejar a un lado la indignación que a esa amistad y a esa admiración haya podido producir esta película, que voy a juzgar como si su protagonista fuese alguien desconocido para mí. Porque, eso sí, a pesar de todo el esfuerzo acumulado, el protagonista de la película no aparece en ella, ni siquiera en efígie, pero es su protagonista, y su talla se agiganta y hace interesante la película cuando se habla de él, de la misma forma que pierde interés cuando la historia se centra en los demás actores, en los que salen y hablan, y se quejan, y se pavonean, transparentando una envidia infinita. Los cuatro se sienten inferiores de aquel a quien evocan entre irónica y sarcásticamente, en una tarea de inútil destrucción sobre la que quisieran asentar su inferior personalidad. Y los llamo actores porque lo son, o al menos intentan serlo, muy mal por cierto, con todas las triquiñuelas de los malos cómicos.

Personalmente, no me agrada el espectáculo del insulto sobre el familiar. De acuerdo con lo que se dice en la película, debe de ser que no he seguido la evolución de la vida moderna. Pero ver a un hijo insultar a su padre muerto, sobre todo cuando vivo no lo hizo, me produce especial irritación. Y las confesiones públicas sobre temas íntimos tampoco me seducen demasiado, sobre todo cuando parecen dictadas por un sórdido interés. Una familia puede hacer almoneda de sus bienes, sin necesidad de exhibir sus taras de todo tipo. Una exhibición tanto más molesta e irritante cuanto que va envuelta en cursilería unas veces, en pedantería muchas más, y en un lenguaje tan estudiado que, incluso, siempre que conviene, se adereza con vulgaridades.

Por supuesto, la película tiene, argumentalmente, un interés muy limitado: el que pueda tener la familia Panero. Porque, al menos tal y como se presenta, es imposible creer que se busca alcanzar metas más generales. No es un ataque a la familia en general, porque para serlo tenían que abundar las familias así, y eso, por suerte o por desgracia —que admito que sea posible discutirlo—, no es cierto. Si la situación de la familia en general fuese como la de la familia que la película muestra, el ataque resultaría perfectamente inútil: la familia ya no existiría.

Pero todo esto son divagaciones sobre el tema de la película, y no sobre la película en sí. Creo que Jaime Chávarri expone en ella una de las posibilidades del cine que hasta ahora no había sido atendida. Su labor es excelente. Ha sabido recoger con talento cinematográfico, con una puesta en situación tanto más difícil cuanto menos posibilidades retóricas presentaba, de una forma modélica. La cámara no es testigo, sino que participa en

el juego y hasta en los sentimientos de los intérpretes, de los caracteres, en alguna ocasión hasta con crueldad, en otras simplemente con curiosidad profunda. En algún momento alcanza cumbres expresivas de primer orden, sin aparente esfuerzo, sin recursos fáciles. En tal sentido, la película es excelente, al margen de tema y de intérpretes. Y se constituye en testimonio de una envidia que llega más allá de la muerte. Los cuatro personajes envidian al protagonista en su característica más honda, haciéndole culpable de sus fracasos de todo tipo, pero fundamentalmente literarios.

En realidad, la película es un homenaje a Leopoldo Panero. Posiblemente involuntario, pero lo es.

M. A.-J.